

EL DOCTOR NICOLÁS REPETTO Y LA HISTORIOGRAFÍA ARGENTINA

Cecilia Mayorga – Gustavo A. Brandariz

En el año 1933, el doctor Nicolás Repetto, destacado médico, profesor universitario y dirigente político argentino, pronunció una conferencia cuyo texto ha sido incluido en su libro *Granos de Arena (Ideas socialistas en acción)* editado en 1936 por la Imprenta y Editorial «La Vanguardia» de Buenos Aires. En ese escrito, titulado «Sobre historiografía argentina», Repetto formula un diagnóstico crítico de la historiografía del país hasta esa fecha y traza un bosquejo de lo que, a su juicio, es un necesario cambio de enfoque para la disciplina.

Para Repetto, la historiografía argentina, hasta entonces, incurría normalmente en graves omisiones al estructurarse tan sólo en la dinámica de dos fuerzas: los partidos políticos y los militares;

Nuestros libros de historia –escribe Repetto– no se ocupan de otra cosa, más que de los gobiernos y de los ejércitos; si uno es un poco más curioso y desea saber qué hacía el pueblo mientras los partidos luchaban, los gobiernos tomaban resoluciones y los ejércitos combatían, se encuentra siempre el silencio más absoluto en los mencionados libros.

Esta introducción, con carácter de manifiesto, podría preparar el terreno para una inmediata apología de la historiografía social; sin embargo, la formulación teórica de Repetto excede en mucho el esquema previsible en un pensador socialista de 1933. Repetto traza un cuadro de intereses para la historiografía que incluye los procesos sociales y económicos más la historia técnica y científica, los procesos de colonización agrícola, las transformaciones urbanas y hasta las costumbres higiénicas relacionadas con la vida privada. Tal amplitud de campo permite asociar el pensamiento de Repetto con la corriente historiográfica francesa denominada «nouvelle histoire», desarrollada en torno a los «Annales» y caracterizada por las investigaciones de historiadores como Fernand Braudel y George Duby, considerados hoy como algunos de los grandes reformadores de la historiografía a lo largo del siglo XX.

Esta coincidencia no es casual. Estudiando la biografía de Repetto, surge con claridad la importancia que tuvo para su formación intelectual un temprano contacto con el historiador, pensador y político socialista francés Jean Jaurès, quien, de igual modo, influyó poderosamente sobre la escuela de los «Annales».

Del texto de Repetto de 1933 se desprende la evidencia de la modernidad de su pensamiento; y de su trayectoria posterior surge también una evidencia acerca de cómo los gravísimos desencuentros políticos del país esterilizaron a una generación que, en circunstancias más favorables hubiera podido dedicarse a mantener a la actividad cultural y científica de la Argentina al nivel de los tiempos.

Historiografía argentina anterior a 1933

En un artículo publicado en 1982, Hebe Clementi ha sostenido que la historia de la historiografía,

que es la historia de la particular manera en que han visto los historiadores el desenvolvimiento histórico», corresponde al mundo de las ideas y es «la más intelectual de las historias, puesto que analiza cómo piensa un historiador en su propia cabeza la realidad histórica, rectificando y reinterpretando lo que otros historiadores han afirmado conocer.

Para Clementi, por lo tanto, la historia de la historiografía «es pues, en cierto modo, la manera más compleja de las historias de las ideas» entendidas estas «historias» como las caracterizaba Arthur O. Lovejoy, es decir considerando a las ideas como factores históricos más allá de su valor científico, lo que equivale a considerar también el influjo de las ideas erróneas, falsas o capciosas.

Planteado así el concepto general, Clementi lo proyecta sobre la historiografía argentina y concluye que «la historia argentina arranca de la política argentina», es decir que «no hay historia sin política»: «La escritura de la historia argentina – escribe Clementi – ha tenido y tiene íntima relación con la factura de la historia y es, por lo tanto, esencialmente política».

El acierto de esta afirmación, vertida en 1982 –año particularmente teñido de gravedad político-militar– puede verificarse a través del inventario de los textos de historia argentina más influyentes del pasado. Hoy, sin embargo, puede felizmente agregarse a ese inventario una pequeña pero significativa lista de investigaciones publicadas en la década del '90, acerca de historias particulares y, especialmente novedosos textos sobre historia de la vida privada y cotidiana. Pero este

fenómeno es muy reciente: durante la mayor parte de nuestro pasado, las «historias» encuadraban en el tipo descripto por Clementi.

Los primeros libros que ha de mencionarse –relatos y documentos en sí mismos– son crónicas de la conquista europea escritas por protagonistas. En 1938 la Universidad del Litoral tradujo el libro de Ulrich Schmidl, publicado originariamente en Frakfurt, en 1567, en idioma alemán. Crónica típica de su época, en las fronteras entre la historia y la fantasía, en donde la literatura tiene un papel importante, como en el poema de Barco Centenera, de 1602, que dio origen al nombre del País, la «Argentina», nombre con el que también se conoce al libro de Ruy Díaz de Guzmán, de 1612. El hecho de que el libro de Schmidl haya sido traducido en 1938 y que la *Historia de la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús* escrita en latín por Du Toict y publicada en 1673, fuera traducida al castellano en 1897, permite afirmar que, por mucho tiempo, estas obras eran apenas conocidas por unos pocos eruditos y en nada intervenían en la formación de una conciencia histórica colectiva.

Hacia finales del período barroco y en tiempos de la Ilustración, a las crónicas de conquista se sumaron los primeros estudios etnográficos, arqueológicos y naturalistas. Entre 1749 y 1757 Florian Paucke relevó las tribus mocovíes y las documentó en un libro; en 1784 Dobrizhoffer publicó una *Historia de los abipones*; a partir de 1781 Azara realizó exploraciones científicas en la frontera con Brasil; en 1787 Torres desenterró en las barrancas de Luján los restos de un megaterio. Los libros fueron documentando estos desarrollos científicos, pero, nuevamente, su escasa difusión los mantuvo alejados de repercusión social significativa.

Con posterioridad a la Revolución de Mayo de 1810, cabe anotar como hecho muy significativo la publicación, en 1812, del libro del Dr. Manuel Moreno *Vida y memorias del doctor don Mariano Moreno*. El libro, editado en Londres, es mucho más que un ensayo biográfico o un homenaje fraterno. En el texto de Manuel Moreno, por primera vez queda delineada la historia de una línea de acción ideológica, cuya jefatura había ejercido Mariaio Moreno en los días de Mayo, pero que, a través del libro, se proyectaba hacia el futuro. De este modo, la «historia» viene a ser no sólo un relato o crónica del pasado sino también soporte de un mensaje propositivo hacia el presente y el futuro. Y ese mensaje es, indudablemente, político, pese a que la formación profesional de Manuel Moreno era científica: era médico.

El libro está dirigido «Al pueblo de Buenos Aires» y el autor comienza diciendo que:

a nadie tan bien como a vosotros puedo presentar las siguientes páginas dirigi-

das a conservar la memoria de uno de vosotros, contento de serlo, defensor de vuestra gloria y vengador de vuestros derechos». (...)»; Amados compatriotas! El mismo espíritu que ha animado las acciones de que voy a dar cuenta, me ha impelido a transmitir su historia». (...) «¡Ojalá puedan mis débiles trabajos ayudar en algo a los vuestros, y adelantar la obra de la justicia, del patriotismo y de la virtud!» La intención política es evidente y omnipresente y es curioso el hecho de que cuando Manuel Moreno cita el estudio científico de Azara acerca de las calidades técnicas de los puertos de Ensenada y Montevideo, lo haga tan sólo para fundamentar los enfoques políticos de su biografiado, lo que equivale a instalarse en el terreno de la filosofía política del iluminismo francés, pero no en las ciecias naturales iluministas. Y cuando Manuel Moreno, hacia el final del libro, hace referencia al contexto político y económico europeo, critica la posición inglesa ya que «cerrada como está actualmente la Europa a la política y a la industria inglesa» (...) «la Inglaterra procurando conservar las colonias a la Península española, no estará inadvertidamente preservando las fuerzas de los que dentro de poco serán sus enemigos?» Lo que equivale nuevamente a instalarse en la política iluminista inglesa pero no en el iluminismo que desencadenó la Revolución Industrial, aunque Moreno exhiba una clara visión del contexto político.

Hacia 1820, otro tipo de textos irrumpió en la cultura argentina: los libros de los viajeros, principalmente ingleses. No son historias, sino descripciones del presente. Adolfo Prieto ha realizado un estudio profundo acerca de unos catorce de estos cronistas y ha llegado a la conclusión de que han tenido un papel muy importante en «la emergencia de la literatura argentina». Si bien en muchos escritos de británicos como en los de Darwin y en las cartas de Woodbine Parish y de James Bevans, existen minuciosas explicaciones acerca de elementos pre-industriales, industriales y de vida cotidiana, falta en ellos la intención historiográfica. Incluso un testigo presencial de hechos históricos como Samuel Haigh, presente en la batalla de Maipú, vió a San Martín como «el Aníbal de los Andes» y a Belgrano como el héroe de «hermoso rostro italiano», es decir que actuó como cronista y no como historiador.

Un libro distinto es el que Núñez publica en 1825 en Londres. Escrito por iniciativa de Rivadavia, se titula *Noticias históricas, políticas y estadísticas de las provincias del Río de la Plata*. Este texto junto con muchos otros posteriores de otros autores, responde a una intención de política exterior: dar a conocer el país y presentar una imagen oficial coherente. Aunque se mencionen *noticias históricas*, aquí la intencionalidad es la de delineación de un relato puesto al servicio de una causa externa a la historia como ciencia.

La utilización del recurso historiográfico como medio para poner en posición deseable tal o cual situación presente o futura es típica de la época iluminista y se prolonga en el romanticismo. En contraste, es necesario mencionar la obra de Pedro De Angelis, más archivero que historiador, quien, pese a su notoria ubicación política en el bando rosista, realizó una labor intelectual independiente como compilador de documentos. En 1835 apareció el primero de los seis tomos de su *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata*.

Dos años después, en 1837, Estéban Echeverría escribe unas «Instrucciones al vice presidente de la 'Joven Argentina'», una extensa carta que conforma un plan de acción política y cultural, en donde expone «el proyecto de una serie de trabajos que en concepto mío debe emprender la Asociación para ponerse en estado de realizar sus miras»... Entre las acciones que propone Echeverría, figura la de «bosquejar nuestra historia militar para conocer el influjo que hayan tenido, tanto las batallas como el talento de los generales en la suerte de nuestra patria, y para hacer una justa apreciación de su importancia histórica», y, también la de «escribir la biografía de los que deba merecer honra y respeto de la posteridad».

Echeverría fue, indudablemente, una figura clave en el desenvolvimiento histórico de la Argentina y en el desarrollo de las ideas en el país: así lo han señalado José Ingenieros, Alejandro Korn, José Luis Romero y otros historiadores. Pero Echeverría fue, además, un hombre muy respetado y querido por sus cofrades románticos. Por ello, estas directivas del máximo dirigente de la «generación del '37», permiten suponer que, de algún modo, el libro de Sarmiento *Facundo*, de 1845, la *Ojeada retrospectiva* del propio Echeverría, de 1846, los *Recuerdos de Provincia* de Sarmiento e incluso las dos obras monumentales de Mitre, la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, de 1853 y la *Historia de San Martín y de la emancipación americana* de 1887, responden a aquel programa trazado por quien presidiera a la «Joven Argentina». Con matices —más sociológicos en Sarmiento y más político-militares en Mitre—, estos libros tendieron a fijar conceptos y registrar la memoria de los episodios que se desarrollaron en los años primeros de la Independencia.

En 1854, la fundación del «Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata», reunió a Mitre, Carlos Enrique Pellegrini, Alsina, Mármol, Vélez Sársfield y Duteil; en 1858 Iriarte escribió *Glorias argentinas y recuerdos históricos*; en 1866 José Manuel Estrada publicó sus *Lecciones sobre la historia de la República Argentina*; en 1872, Prado y Rojas y otros anticuarios e historiadores fundaron el «Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades»; en 1877, A. Díaz inició en Montevideo la publicación de *Historia política y militar de las repúblicas del Plata*; en 1882 J. Espejo publicó *El Paso de los Andes. Crónica histórica de las operaciones del*

Ejército de los Andes para la restauración de Chile en 1817; en 1886 aparece la *Revista Nacional*, dirigida por A.P. Carranza; en 1887 Saldías termina en París su *Historia de Rosas y su época*; en 1889 se funda en Buenos Aires el Museo Histórico de la Capital (hoy Nacional) cuyo primer Director fue A.P. Carranza; en 1893 Mitre y otros intelectuales importantes fundan la «Junta de Numismática Americana» (más tarde «de Historia y Numismática Americana» y actual «Academia Nacional de la Historia»); en 1894 Pelliza publica su *Historia Argentina*. Toda esta importante y valiosa acción y producción historiográfica continuaba los lineamientos tradicionales, centrados en lo político y lo militar.

Incluso la interesantísima polémica entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, estuvo centrada en los modos de narrar la historia, de confrontar documentos, de interpretar los hechos y de aceptar o rechazar las apreciaciones subjetivas, pero no implicaba un contrapunto de recortes diferentes en cuanto a los hechos y factores históricos que importaban prioritariamente. En 1883 Vicente Fidel López inició la publicación de su *Historia de la República Argentina*, en 10 volúmenes; en 1878, cinco años antes, su hijo Lucio V. López había publicado sus *Lecciones de historia argentina*.

Existía también una colección de libros de diferente enfoque: En 1868 Juan María Gutiérrez publicó *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza superior en Buenos Aires* —recientemente reeditado por la Universidad Nacional de Quilmes; en 1871 García publicó *Apuntamientos para la historia colonial del Río de la Plata*; en 1889 Ramos Mejía dio a imprenta *El federalismo argentino*. Todos ellos eran estudios en profundidad de aspectos más generales, y trascendían la narración cronológica para avanzar hacia los nexos que vinculaban entre sí factores históricos. Por otra parte, en sus últimos años, Juan Bautista Alberdi publicó un libro atípico: *La vida y los trabajos industriales de William Wheelwright*, un empresario constructor de ferrocarriles. Y en 1885 Domingo F. Sarmiento publicó *Vida y escritos del coronel Francisco Javier Muñiz*, un científico. No llamará entonces la atención que unos años después, en 1892, aparecieran trabajos aún más específicos y por igual alejados de la tradición político-militar: la *Historia del puerto de Buenos Aires* de Madero, y la *Historia y bibliografía de la imprenta en el antiguo Virreinato del Río de la Plata*. Epítome de Medina.

La creciente especialización y diversificación temática de la historiografía, paralela a la que se operaba en Europa y en los Estados Unidos, no fue advertida como un verdadero y trascendente cambio en la visión de los procesos históricos, al menos en cuanto a la enseñanza de la historia, especialmente en los ámbitos escolares. Hacia 1910, las presiones a favor de una «educación nacionalista», tendiente a poner a la escuela pública al servicio de una «argentinización» de los

hijos de los inmigrantes, permite suponer que pocos veían a la historia como otra cosa que una herramienta doctrinaria, una fuente de legitimidad o un recurso apologetico. Los documentos fundacionales del Museo Histórico Nacional y su posterior desarrollo conceptual por Bucich Escobar, permiten afirmar que los historiográficos se confundía totalmente con lo patriótico y que de un modo bastante explícito, se aspiraba a que el relato histórico seleccionara un material «químicamente puro», con próceres virtuosos y gestas heroicas. Seguramente, en ese relato, no tenían interés los aspectos desvinculados del patriotismo y de la gloria militar o cívica.

Estos planteos, elaborados entre alrededor de 1890 y 1910, en nada se parecían, por ejemplo, a las opiniones de Sarmiento sobre historiografía. Si bien continuador del pensamiento de Echeverría, el autor del *Facundo* no se había quedado en los aspectos político militares, sino que tempranamente había avanzado sobre aspectos sociológicos, culturales, y ambientales. Pero a lo largo de los años, Sarmiento había enriquecido constantemente su visión historiográfica. Esto se evidencia constantemente a través de las referencias al paso que aparecen en sus escritos posteriores a 1874, como cuando, al hablar de la historia de los Estados Unidos señala al «Patent Office» como uno de los indicadores de su desenvolvimiento como nación y destaca a Franklin, Fulton y otros inventores como arquetipos del país. Pero no solamente hay en sus escritos referencias al paso: en 1879 Sarmiento publicó, bajo el título de *Arquitectura Doméstica* el que constituye el primer texto de historia de la arquitectura argentina. Y en varios de sus textos se hace explícita su visión historiográfica, que trasciende los límites de lo político y militar y avanza sobre la historia de las ideas, la historia de la ciencia y de la técnica e incluso adelanta observaciones agudas que hoy sirven para reconstruir la historia de la vida privada.

El caso de Sarmiento es de especial importancia. Muchos de sus seguidores y admiradores lo vieron como un prócer político o incluso cultural, aunque pocos comprendieron las proyecciones de su pensamiento porque, pese a su admiración, carecían de una formación ampliada que les permitiera comprender en su verdadera dimensión su pensamiento social y su cosmovisión. No es casual, entonces, que no hayan sido posteriores historiadores de la política sino historiadores sociales, de filosofía o de ciencias y artes, quienes hayan rescatado estos aspectos diferentes y esenciales del pensamiento sarmientino.

El hecho nos importa, por cuanto Nicolás Repetto, en su niñez, conoció personalmente a Sarmiento, su ilustre vecino, justamente en esta etapa posterior a 1874, en que las preocupaciones intelectuales del ex presidente se dilataban tanto. Y aunque no es razonable suponer un diálogo profundo sobre estos temas, dada la

diferencia de edades, sí es posible computar como factores importantes la importancia de la admiración despertada, la posterior formación científica de Repetto y las múltiples lecturas de textos de quien había sido su vecino de infancia. Al menos, en ese contexto, puede inferirse que aquellas intuiciones de Sarmiento en torno a campos posibles para la dilatación del horizonte historiográfico, prepararon a Repetto para su recepción de nuevas teorías acerca de la historia.

La conferencia de 1933

En 1933, el 9 de agosto, en el ámbito de la Universidad Popular «Florentino Ameghino», Nicolás Repetto pronunció ante un público estudiantil, la conferencia titulada «Sobre historiografía argentina», luego reproducida en su libro *Granos de Arena (Ideas socialistas en acción)*, editado en Buenos Aires, en 1936, por la Imprenta y Editorial «La Vanguardia». Esta conferencia es la que hoy nos ocupa.

En ella, Repetto, con un tono didáctico, busca despertar el interés de sus oyentes hacia la «diferencia» que él encuentra «entre el contenido de esos libros de historia que ostentan los anaqueles de nuestras bibliotecas, y los hechos reales que han acontecido», no porque los libros de historia falsearan la verdad sino porque la visión de los historiadores se limitaba a aspectos políticos y militares.

Esos libros –decía Repetto– incurren a menudo en omisiones que son las que yo quiero poner esta noche de manifiesto.

Estas «omisiones», vistas en perspectiva, no pueden imputarse como defectos de los historiadores decimonónicos sino como hallazgos de una nueva visión de la historiografía. Repetto, con un leguaje y una redacción propias de la oratoria didáctica, enumera algunos de esos aspectos «omitidos»: el desarrollo de la agricultura y de la ganadería con la innovación aportada por la importación de especies, con la introducción del alambrado, la implantación del frigorífico, la colonización agrícola y la introducción de la maquinaria moderna; el desarrollo de los transportes, como el ferrocarril y el tranvía; el desarrollo de los puertos, de la mollienda, de las curtiembres, de los trapiches; el desarrollo de las de las telecomunicaciones.

Hasta aquí, Repetto ha incluido temas de historia económica y social, pero también temas de historia de la ciencia y de la técnica. Sin embargo, acto seguido y sin señalar una diferencia, Repetto incluye en su listado de nuevas incumbencias de la historiografía al tema del «confort»: la iluminación doméstica, el baño domi-

ciliario, la higiene urbana, el espacio público... Aunque el texto de Repetto no señala la diferencia, desde la perspectiva actual, el hecho es notable.

Era esperable que un pensador socialista prestara atención a la evolución del mundo productivo y especialmente al trabajo como factor histórico; incluso era esperable en un hombre de vasta cultura que pensara que el desarrollo de las ciencias «duras» y «naturales» debía ocupar un espacio en la historiografía. Pero cuando Repetto entra en el ámbito doméstico hasta valorizar los hábitos higiénicos privados como factores de interés historiográfico, su pensamiento escapa a lo esperable y adquiere matices de gran modernidad.

Indudablemente, el texto de la conferencia es breve, pero su brevedad es fecunda en ideas y especialmente en ideas provocativas. Leído hoy su texto, representa un documento valioso, que testimonia la presencia temprana de ideas que tuvieron difusión posteriormente y produjeron frutos bastante después. Durante bastante tiempo, la vida doméstica fue tema de la literatura, de la arqueología o del costumbrismo, pero no ocupó páginas en los relatos de historia nacional. La propuesta de Repetto, lanzada en momentos poco propicios y en un medio cultural poco sensible, evidentemente tuvo menor recepción de la que merecía, y por mucho tiempo, poco varió el enfoque de los historiadores, seguramente ajenos a estas inquietudes de Repetto.

Formación y trayectoria del doctor Nicolás Repetto

Nicolás Repetto nació en Buenos Aires en 1871. Cursó sus estudios primarios en escuelas privadas de la colectividad italiana, escuelas «inglesas» y religiosas. En su infancia conoció personalmente a Domingo F. Sarmiento, que vivía en una casa vecina a la suya. Cursó sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Buenos Aires, en donde fue alumno de Piñero en Derecho, de Fregueiro en Historia, de Bermejo en Filosofía y de Matienzo en Geografía. Ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, en donde se graduó como médico en 1894. Antes, siendo alumno del 3° año de la carrera, ejerció como practicante atendiendo heridos durante la revolución de 1890, en el Parque de Artillería.

Entre 1894 y 1897 realizó un largo viaje de estudios por Europa, visitando Suiza, Francia y Alemania. A su regreso, fue cirujano de niños e el Hospital Ramos Mejía.

En el año 1900 se incorporó al Partido Socialista argentino, fundado por el médico Juan B. Justo, maestro de Repetto. En 1902 asumió la dirección del periódico partidario «La Vanguardia»; entre tanto, ejercía la medicina como cirujano, y

como tal alcanzaba un importante prestigio. Etre 1903 y 1910 fue cirujano principal del Hospital Italiano de Buenos Aires y en 1909 concurrió al Congreso Interacial de Medicina reunido en Budapest.

Paralelamente, desarrolló un importante acción política y social: en 1905 juntamente con el doctor Justo, fundó la Cooperativa de consumo y vivienda «El Hogar Obrero» y en 1913, a los 42 años de edad, fue electo Diputado Nacional por la Capital Federal. En ese año cerró su sanatorio quirúrgico y su consultorio médico, dando fin a su carrera profesional pese al éxito y notoriedad que en ella había alcanzado, para dedicarse enteramente a la política. Entre 1913 y 1943, el pueblo de la Capital lo eligió ocho veces como Diputado Nacional. En 1932, en un contexto político nacional enrarecido, fue candidato a vice presidente de la Nación integrando la formula opositora con Lisandro De la Torre, en representación de la Alianza Socialista-Demócrata Progresista, que, como era previsible en aquellas circunstancias, fue derrotada en medio de acusaciones de fraude.

En 1941 Nicolás Repetto fue miembro de «Acción Argentina», un agrupamiento de la civilidad para luchar contra el crecimiento del influjo político del movimiento nazi-fascista. En 1943 fue un opositor vigoroso al golpe de estado de ese año y en 1945 fue una de las personalidades sobresalientes del sector democrático opuesto al totalitarismo. Su continuada acción en el bando anti-peronista le valió persecuciones, prisión política y exilio. Derrocado el gobierno del General Perón por la Revolución Libertadora, integró la Junta Consultiva Nacional y se reintegró a la política partidaria en su Partido Socialista que, al fraccionarse, lo encontró liderando el sector que adoptó el adjetivo «Democrático».

En 1943 realizó un viaje a los Estados Unidos que tuvo gran importancia en la evolución de su pensamiento. Pese a los años y los trabajos, su actividad intelectual no decayó, como tampoco su interés por la permanente actualización de sus conocimientos y de sus ideas. Tanto las reformas de las plataformas políticas del socialismo europeo de posguerra como el desarrollo de la electrónica y la automación despertaron su interés y motivaron sus reflexiones, convertido ya en un maestro más que en un dirigente.

En 1961 una parte muy importante de la ciudadanía le tributó un gran homenaje cívico al cumplir noventa años de edad.

Falleció en 1965.

A lo largo de toda su vida, Repetto desentonó con la imagen típica del político criollo y fue siempre un profesional y profesor universitario, un médico y científico, un pensador y un orientador.

Esta personalidad atípica en el medio político, aún en un contexto muy calificado de políticos sobresalientes, le granjeó a Repetto una admiración y un respeto

por parte de intelectuales que no siempre compartían sus posiciones. Tal es el caso de la escritora Victoria Ocampo, que decía que el doctor Repetto era el único político con quien ella podía entenderse.

Repetto, además, ha dejado una obra escrita compuesta por una decena de sustanciosos libros, en los cuales aflora con nitidez su pensamiento sobre múltiples temas como el socialismo, la medicina, la agricultura y la política.

Las ideas de Jean Jaurès

¿Cuáles serían las fuentes del pensamiento innovador de Nicolás Repetto en materia historiográfica? Indudablemente el influjo de Sarmiento estaba presente: si se compara el enfoque de Repetto acerca de la importancia que asigna a la evolución de la industria azucarera con idéntica inquietud de Sarmiento, manifestada al analizar el bosquejo histórico de Tucumán escrito por Paul Groussac (e incluido en «La escuela ultrapampeana»), se nota claramente la fidelidad de Repetto hacia el magisterio de Sarmiento.

Pero también es evidente que en Repetto aparecen ideas nuevas y rastreando su formación intelectual, hallamos que entre sus lecturas tempranas, al lado de Sarmiento, Mitre, Alberdi, Charles Gide, John Stuart Mill, Adam Smith, F. Lasalle, Darwin, Pareto, Menger, Bastiat, Kautzky, Marx, Engels y Seignobos, figura en un espacio destacado Jean Jaurès.

Jaurès nació en Castres, Francia, en 1859. Se graduó en la Escuela Normal y en la Universidad de Toulouse y fue profesor de filosofía. Político socialista de ideas no ortodoxamente marxistas, fue legislador a partir de 1885 hasta que, condicionado por su propio sector, declinó integrar gobiernos pluralistas. Fundador y director del periódico socialista «L'Humanité», fue un publicista notorio y hacia la Primera Guerra Mundial desplegó una intensa actividad pacifista y anti nacionalista. A causa de esa postura, fue asesinado en 1914 por un fanático, hecho que comovió a la opinión pública mundial y evidenció el clima de avasallamiento de la paz por la violencia.

«Repetto —escribe José S. Campobassi— admiró a Jean Jaurès y lo consideró el más destacado de los socialistas contemporáneos. Lo conoció y trató en París en 1909 y en Buenos Aires en 1911». Más aún: Repetto acompañó a Jaurès durante su visita a Buenos Aires y recibió en forma directa sus comentarios acerca de lo que veía, por ejemplo al visitar una fábrica.

El caso de Jaurès era interesante: político y periodista, era también un pensador con envergadura filosófica y un historiador documentado. Su historiografía,

centrada por ejemplo en el análisis de la Revolución Francesa, puede ser considerada hoy como teñida de matices ideológicos, pero lo interesante de su mirada es la amplitud y la profundidad.

«Materialista con Marx y místico con Michelet», como Jaurès se califica a sí mismo en su *Histoire socialiste de la Révolution Française* de 1901, no era un historiador típico sino revolucionario. Al escaparse del enfoque de Michelet, pero sin descartarlo y al utilizar el enfoque marxista sin la exclusividad que el marxismo tiende a reclamar para sí, el pensamiento de Jaurès era creativo y original.

Para Jaurès «por el socialismo, la vasta armonía de la vida general se concilia con la espontaneidad de las fuerzas individuales». Lo que equivale a reconocer la importancia y el valor de la espontaneidad como agente histórico: un enfoque que tendría insospechadas consecuencias.

La escuela de los *Annales*

En 1929 Lucien Febvre y Marc Bloch fundaron en Francia la revista *Annales d'histoire économique et sociale*. Esta publicación, de carácter científico, ha sido, además, el factor aglutinante de la corriente que hoy se conoce como «nouvelle histoire». Febvre, Bloch, Fernand Braudel, Georges Duby, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie y otros historiadores han ido enriqueciendo el caudal de estudios y de reflexiones teóricas que caracteriza a la corriente.

La «nouvelle histoire» es hoy un tema de estudio histórico en sí mismo. Lo que vertebra al grupo no es una circunstancia casual, como la de haber publicado estudios en una revista: es el enfoque dado a la historiografía, derribando barreras disciplinares, ensanchando los horizontes del campo de incumbencias de la historiografía, y, especialmente, la incorporación a la investigación y al relato derivado de aspectos como el de la vida privada, el mundo doméstico, la intimidad.

Estudios acerca de la lectura, de la fiesta, del papel de la mujer, de la higiene corporal, de las bebidas y las comidas, del confort... temas antes ajenos a la historiografía, irrumpen con el grupo de los *Annales* y se presentan como grandes focos que iluminan aspectos antes ignorados del desenvolvimiento histórico.

Ahora bien: Lucien Febvre ingresó en la Escuela Normal Superior en 1897, la misma escuela en la que se formó Bloch y la misma escuela en la que también se había formado Jaurès, y es un hecho fundamental el influjo que ambos recibieron de Jaurès en materia de pensamiento historiográfico. Este hecho trascendente es el que interesa a nuestro caso por cuanto coinciden Repetto y la escuela de los *Annales* en una común fuente de inspiración: Jean Jaurès.

Consideraciones sobre historiografía

A casi un siglo de distancia del libro clave de Jaurès y casi siete décadas después de la conferencia de Repetto, es posible formular nuevas apreciaciones acerca de la historiografía. Ese fue uno de los propósitos de un reciente trabajo de la Profesora Cecilia Mayorga, titulado «Relatos Fragmentarios; Breve Aproximación a las Mutaciones de la Ciencia Histórica en la Postmodernidad» –ensayo realizado en el marco de la Maestría en Planificación y Gestión Cultural de la Universidad del Museo Social Argentino (Cátedra «Metodología de la Investigación Cultural», a cargo del Profesor Jorge Casas, año 1999)– y que consiste en el análisis de las manifestaciones de la postmodernidad –tal como la presenta Jean-François Lyotard–, sobre el campo de la historiografía.

La Historia como disciplina –escribe la Profesora Mayorga–, se enfrenta desde hace tiempo a nuevos desafíos metodológicos, enmarcados en los interrogantes propios de la postmodernidad. El fin de los «grandes relatos» como ejes estructurales que permitían dar un orden a la narrativa histórica, han entrado en crisis y la «fragmentación» pareciera ser el escenario real para el trabajo historiográfico contemporáneo.

«Hoy más que nunca, la Historia Conquistadora se halla en retirada, el Santo oficio de la memoria reexaminado», afirma Ricardo Cicerchia; en cierto sentido la mística estructuralista y la magia de los procedimientos de la cuantificación no sostienen ya el discurso histórico; la pluralidad de pasados ha dejado en evidencia el escaso valor de las proposiciones absolutas. Ante este panorama: mosaico de particularidades y fragmentaciones, el trabajo historiográfico reclama un replanteo sobre el objeto de estudio, incorporando dimensiones subjetivas al análisis de mecanismos que regulan las estructuras sociales.

Se unen en este punto dos caminos: el de poder imaginar de que forma consideraron nuestros antepasados el sentido de sus vidas y que conciencia tuvieron de sus identidades. El desafío está planteado pues en el orden metodológico, enmarcado en un renovado compromiso con la especificidad de la narración histórica; la vocación de conocimiento y las operaciones particulares de la disciplina que constituyen su legitimación científica.

La mirada sobre procesos históricos pasados y de nuestro propio tiempo, desde una perspectiva reivindicatoria de lo social («La historia social se va construyendo lentamente al calor de los problemas vivos apenas percibidos» señala José Luis Romero) y en particular de lo privado, responde a una insatisfacción epistemológica. Repensar entonces, «viejas» y «nuevas» áreas, temas o prácticas sociales, se ins-

cribe en esta natural propensión de la historia por abordar caminos de investigación innovadores

En esta búsqueda, se inscribe la obra sobresaliente del grupo Annales, durante sus tres generaciones, que se revela en la conquista consumada de vastos territorios para la historia. El grupo ha extendido el territorio del historiador a zonas impensables de la conducta humana y a grupos sociales descuidados antes por los historiadores tradicionales.

Estas ampliaciones del territorio histórico están vinculadas con el descubrimiento de nuevas fuentes y con el desarrollo de nuevos métodos, sin lugar a dudas estas ampliaciones se deben también a la colaboración con otras disciplinas que estudian al hombre, desde la geografía a la lingüística y desde la economía a la psicología. La interdisciplinariedad adopta entonces un rol protagónico en esta nueva etapa rica en interrogantes y abordajes.

En el marco de este nuevo abordaje ocupan, por ejemplo, un lugar arquetípico, la historia del libro y la lectura y la microhistoria.

En cuanto al primero, su máximo exponente, Roger Chartier, afirma: «(...) Lo que me interesa destacar es que el tema que nos ocupa es el de la relación entre la historia de los textos, cualquiera que sea su estatuto, su naturaleza o su legitimidad; la historia de los libros, que transportan los textos a sus lectores, y, para terminar esta misteriosa historia de la lectura entendida como una serie de gestos, comportamientos, prácticas y lugares. Definida además como la invención de sentido de un lector particular, si bien esta particularidad se ubicaría en lo que comparte este lector con los otros lectores y lectoras que pertenecen a la misma comunidad de interpretación».

Vale la pena recrear aquí el mundo inagotable de lo privado que se abre al ingresar en la dimensión de la historia del libro y la lectura. En *El príncipe, la biblioteca y la dedicatoria* (siglos XVI-XVII) Chartier comprueba que la dedicatoria al príncipe no debe entenderse nada más como instrumento de intercambio entre el que obsequia la obra y el que concede su patronazgo. Es también un símbolo de alabanza al príncipe por que lo declara inspirador principal, autor primero del libro. El rey se vuelve poeta o sabio y su biblioteca ya no es solo un tesoro que preserva las riquezas amenazadas, o una colección útil al público o un recurso para placeres privados: se transforma en un espejo en el que se refleja el poder absoluto del príncipe.

Para Robert Darnton (*Los best sellers de la Revolución Francesa*), también enrolado en la escuela de Chartier, en el siglo XVIII Francia tenía un público lector

alfabetizado y curioso que consumía cientos de títulos clandestinos, críticos a la política del momento, Este análisis cultural pone en foco la forma como cada época construye su mentalidad, así en el gusto del público francés pre-revolucionario ocupa el segundo lugar, las anécdotas sobre la Condesa Du Barry (amante de Luis XV). La protagonista está vista como una verdadera Cenicienta, que es tratada con compasión y hasta ternura, por su origen social marginal y poco santo, a la que se reivindica frente a la manipulación de ministros perversos (que por supuesto representaban a la nobleza) ¿una interpretación de la construcción del poder? Darnton afirma que los libros, entiéndase la literatura «underground», fueron cruciales en el surgimiento de la Revolución, pero no su causa; estos ayudaron a forjar un proceso de «deslegitimación» del sistema.

En este marco referencial, se plantea específicamente el asunto de la lectura como innovadora, que autoriza nuevos pensamientos y especulaciones.

La lectura en silencio representaría un paso significativo de ruptura, ya que la lectura oral está sujeta a controles comunitarios. La lectura en privado, permite justamente esa desviación.

En relación a la microhistoria, respuesta innovadora a la insatisfacción epistemológica a la que hicimos referencia antes, esta propone la reducción de la escala de observación y hacer visible una serie de hechos ocultados en el curso de las investigaciones de la historia social tradicional: vinculaciones, negociaciones, conflictos que en una escala mayor pierden relevancia.

La idea del espacio geográfico, el lugar no tiene un interés puntual en la microhistoria, más bien se lo aborda como un «laboratorio» como una situación particular para observar: fenómenos que responden a interacciones entre individuos, familias y comunidades y que pueden dar acceso, asimismo, a la relación entre el poder estatal y la comunidad particular de que se trata o al modo de actuar con singularidad de los individuos dentro de modelos o de creencias compartidas. Carlo Ginzburg (*Il beneandanti* y *El queso y los gusanos*), representante de esta línea de investigación metodológica, desarrolla en sus obras una manera de observar los conflictos o las apropiaciones en una escala pequeña o reducida, para Ginzburg lo importante es la anomalía, lo que puede verse a través de un sistema excepcional.

Diversidad, fragmentación, territorios, subjetividad, prácticas sociales, lo privado y lo público... componen una trama singular, curiosa y por que no subyugante, sobre la cual el historiador ¿postmoderno? diseña un nuevo encuentro, dialogado en la interdiscipliniedad para interpretar mensajes del pasado, diseñar caminos alternativos que permitan continuar interpretando el hoy y dilucidar los interrogantes posibles del mañana».

Estos planteos son nuevos: ya no pertenecen al tiempo de Jaurès, de Repetto y de Braudel. Pero, ¿no son acaso su inevitable consecuencia?, ¿no son la dilatación de un mismo razonamiento historiográfico? Si la fragmentación posmoderna no eludiera la construcción de un nuevo relato estructurante, ¿no estaríamos frente a una historiografía de horizontes aún más amplios?

Ubicación de la figura de Nicolás Repetto en el contexto de la historia de la cultura en Argentina

Aunque su personalidad ha sido hoy olvidada incluso por muchos sectores que por su afinidad intelectual, ideológica o profesional podrían interesarse por su pensamiento, Nicolás Repetto ha sido una de las grandes figuras argentinas del siglo XX y una de las tantas desperdiciadas por una sociedad que ha consumido buena parte de sus energías creativas en estériles luchas por el poder.

Repetto fue médico antes de ser político y fue político con bases científicas. Pero además de esas actividades y ocupaciones, fue un hombre de pensamiento y de acción en múltiples terrenos. A lo largo de su dilatada vida, presenció el desarrollo de la telegrafía sin hilos, de la radio, de la aviación, de la televisión y el surgimiento de la computación. Ante todas estas innovaciones tuvo una actitud atenta, interesada y reflexiva. Pese a estar involucrado en las batallas políticas de su tiempo, fue consciente de un proceso de cambio social que, a través de la técnica y de la democratización, tornaba cada vez más importante la actividad civil, la vida privada, el impulso espontáneo ajeno al gobierno y al poder militar.

Repetto fue testigo de un cambio histórico y coherentemente, aspiró a un cambio en la historiografía que permitiera comprender una ubicación temporal de las raíces del mundo que irrumpía.

Conclusión: valor de las ideas historiográficas de Nicolás Repetto

Aunque las ideas historiográficas de Nicolás Repetto no hicieron escuela como las de Jean Jaurès, ni siquiera en el caso de historiadores como Campobassi, que le reconocieron una deuda intelectual y espiritual, su influjo no es descartable. Repetto perteneció a una generación argentina que se vio obligada a desperdiciarse en luchas injustas. Sin embargo, su prédica llegó a muchos intelectuales de su tiempo que lo admiraron y respetaron.

Aunque no es posible afirmar que Repetto haya sido escuchado con atención

en este tema, su constante preocupación por la aplicación de pautas científicas a la interpretación de los hechos, incluso cotidianos, marcó un modelo político que aún hoy sigue siendo una referencia orientadora para quienes, coincidiendo o no con su ideología, conocieron personalmente o por referencias su trayectoria.

Más allá de estas circunstancias, subsiste este texto, que hoy, a través de una relectura, nos permite afirmar que su pensamiento era importante, profundo y provocativo y que resulta una lamentable pérdida para nuestra cultura que no haya tenido una proyección más importante por su escasa difusión por su incompreensión.

Referencias bibliográficas

- Barreiro, J.P. (1955), *El espíritu de Mayo y el revisionismo histórico*, Buenos Aires: Zamora.
- Burke, P. (1996), *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona: Gedisa.
- Campobassi, J.S. (1980), *Nicolás Repetto*, Buenos Aires: La Vanguardia.
- Clementi, H. (1982), «Puntos de partida para una historia de la historiografía argentina», *Boletín del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires*, IV, 7, Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- Diner de Babini, R. (1982), *Cronología científica argentina*, Buenos Aires: Marymar.
- Gianello, L. (1951), *La enseñanza de la historia en la Argentina*, México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Jaurès, J. (1946), *Socialismo y libertad*, Buenos Aires: La Vanguardia.
- Moreno, M. (1968), *Memorias de Mariano Moreno*, Buenos Aires: Carlos Pérez Editor (la edición sigue la versión publicada en Londres, en 1812, con el título «Vida y memorias del doctor don Mariano Moreno», imprenta de J.M. Creey).
- Prieto, A. (1996), *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820 – 1850*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Quattrocchi-Woisson, D. (1995), *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires: Emecé.
- Repetto, N. (1935), *Granos de Arena (Ideas socialistas en acción)*, Buenos Aires: La Vanguardia.
- _____ (1962), *Mis noventa años*, Buenos Aires: Bases.
- Sarmiento, D.F. (1938), *La escuela ultrapampeana*, Buenos Aires: Tor.
- Sánchez, L.A. (1950), *Nueva historia de la literatura americana*, Asunción del Paraguay: Guaranía.
- Schultz de Mantovani, F. (1957), *Samuel Haigh, uno de los viajeros ingleses*, Buenos Aires: Perrot.
- Solari, J.A. (1973), *Nicolás Repetto. Vocero y maestro de la República*, Buenos Aires: La Vanguardia.